

CÉSAR
AIRA



HAIKUS

CESAR
AIRA

HAIKUS



MATE

I

Devolveme la plata que me debés, no seas mal amigo. Si supieras la falta que me hace no te la estarías gastando en cosas innecesarias, aunque vos creas que te son necesarias, y me la darías aunque representara un sacrificio para vos, que no es el caso. Lo peor es que lo sabés, y no te importa. Sabés en qué penuria estoy; si no me pagás, no es porque lo ignores. Esa plata no la quiero para irme de vacaciones, perdé cuidado, aunque bien me vendría salir un poco de este infierno, ir a una playa como van tantos que se lo merecen menos que yo, olvidarme por una semana de mis desgracias. Por lo demás, no me alcanzaría ni para el pasaje de ida; lo que me debés es una cantidad casi ridícula, una bicoca. Pero que

no se te ocurra pensar que no es importante para mí, que su insignificancia te exime de pagarme, que voy a ofenderme, o que si necesitara esa cantidad yo podría conseguirla en cualquier parte, por ejemplo pidiéndosela a un desconocido en la calle. Será poco para vos; para mí es mucha plata, y no tengo ningún modo de agenciármela. Ninguno. A esa impotencia me han reducido la desocupación, el descalabro del comercio minorista y, para qué negarlo, mis problemas personales. Todas las fuentes a las que podía recurrir se han secado, todas las puertas se han cerrado. Y no me negarás que, por poca cosa que te parezca esa cantidad, a mí me alcanzaría para sentarme en un café y pedir una cerveza bien helada, ver pasar las minas, olvidarme de todo por un rato. Gozar el presente, cualquier presente, por fugaz y precario que sea: no pido más. Devolvele su plata a un infeliz al que le fue mal en la vida. Tomá en cuenta la asimetría de esa situación, si es que estás pensando que es

un mero asunto de toma y daca: vos te esquivás por egoísmo, te hacés el distraído porque te da la gana, casi por capricho; yo pongo en la balanza toda mi existencia. Porque todo cabe en el instante presente; en cada gota de sudor que vierto en estos días interminables de privaciones me va todo mi pasado de mala suerte, y se anticipa un futuro en el que las cosas no podrán sino empeorar. ¡Quién pudiera vivir un minuto libre de historia, hacer algo sin motivo y sin consecuencias, tener un capricho! Eso es lo que más me pesa: la totalidad simbólica que encierra nuestra pequeña deuda pendiente. Por eso esta plata que te reclamo es tan importante para mí, aunque sea tan poca, y así fuera mucho menos todavía, una moneda nada más, seguiría siendo mucho porque con ella compraría ese momento eterno. No la quiero para tomar cerveza helada todos los días, todo el día: quiero una sola. No soy como los mendigos, no sólo porque no te pido nada que no me pertenezca por dere-

cho, sino porque los mendigos acumulan y suman, y pretenden vivir de eso (no sé cómo hacen, sinceramente). Yo recurro sólo a vos, porque nadie más me debe plata y nunca se me pasó por la cabeza pedirle plata a nadie porque sí, porque la necesito. La tuya es la única deuda que tengo por cobrar. Única como el sol que brilla en el cielo todo el día, y al día siguiente vuelve a ser el único, y así va a seguir siendo hasta que el cerebro se me seque achicharrado y mi pobre vida se termine, y entonces, quizás, vas a sentir algún remordimiento. O quizás no. Con alguien como vos, capaz de una deshonestidad tan mezquina, nunca se sabe.

II

El tiempo pasa todo el tiempo; hasta cuando no pasa nunca, está pasando, porque es lo único que hace. ¡Si lo sabré yo! A un día le sigue otro día, que es exactamente igual aunque un poco más corto. Nada cambia. Yo sigo igual de desamparado, exactamente igual (¡es de no creer!) aunque un poco más cada día. ¿Cómo querés que me olvide de lo que me debés? A veces pienso que te habrás convencido a vos mismo de que no me debés nada, de que ya me pagaste, o de que soy yo el que te debe plata, y vos, en tu generosidad de amigo y caballero, das por cancelada la deuda, hacés lo del Padre Nuestro, y te felicitás de lo buen tipo que sos. Hasta

creo que has andado diciendo algo así, pero no podría asegurarlo, porque la angustia y las privaciones me hacen alucinar. De lo que estoy seguro en cambio es del origen de estos reclamos míos. La plata me la debés, eso no lo soñé, no te hagás ilusiones. Mirá si seré justo y contemplativo que te eximo de culpa por hacerte esas ideas torcidas, porque reconozco que pueden haber nacido, justamente, de mi insistencia, que tiene algo de obsesivo y puede haberte hecho pensar que te hago responsable de todos mis males. Pero no es así: la culpa de mi pobreza es mía y de nadie más. Por otro lado, ¿qué otra cosa esperar? ¡Si siempre fui pobre! ¡Si nunca tuve educación, ni buenos ejemplos, ni un padre o un hermano mayor en el que apoyarme! Es cierto que otros, a partir de las mismas condiciones, han levantado cabeza. Yo no. Reconozco una culpa que es mía, intransferible; pero ¡ojo!, sólo la reconozco para la situación general, no para ciertos pasajes determinados. Porque la plata

que me debés, me la debés vos, y tenés que hacerte cargo. No te hago responsable de mi pobreza, sólo de un accidente marginal de ella. Ya ves que soy razonable. Pero no lo veas demasiado, no te vayas al extremo de creer que sos un detalle insignificante en mi panorama desolado, o que el peso de mis desdichas te hará caer del borde de mi conciencia a un benévolo olvido; no creas siquiera que soy tan razonable todo el tiempo. Más bien deberías creer, porque es cierto, que el tiempo juega en contra de vos. Sos una parte, pero la parte puede llegar a iluminar de furia al todo, y quizás llegue el día en que te busque ya no para cobrar esos pocos pesos que me debés sino para matarte. No voy a absterme de recurrir a la amenaza, aunque por ahora la formulo en un tono hipotético. Puedo llegar a encarnarla como un animal salvaje: lo estoy sintiendo agudamente estos días, a última hora de la tarde, cuando advierto que la última hora se me viene encima cada vez

un minuto antes, y la noche me traga, cada vez más grande y hambrienta. Pagame lo que me debés. El tiempo pasa y no puedo creer que no haya ocasiones, en tu vida solvente, en que tengas en el bolsillo esa cantidad, y hasta el doble, y me lo puedas tirar. No es necesario que lo hagas con buenos modales (que no tenés), ni que acompañes el gesto con unas palabras amables de las que te sé por completo incapaz. No es necesario siquiera que haya un gesto; eso sería demasiado abstracto, demasiado filosófico. Quiero la plata, nada más. La quiero ahora, hoy. Si me la devolvieras hoy, me la gastaría en algo por completo innecesario, por ejemplo un par de guantes, sólo para demostrar mi autonomía. No hay peligro de que me la devuelvas hoy, justamente, aunque la posibilidad de un milagro siempre está abierta: hoy, mañana, hasta ayer... El tiempo pasa, y me pregunto por la verdad de la vieja fábula de la Rueda de la Fortuna, el intercambio de pobres y ricos en los polos del círculo

giratorio. Quizás eso se da en períodos largos, de siglos o milenios, y no afecta directamente a los individuos, cuyo lapso de vida no alcanza a cubrir un cuarto o un décimo del giro de la Rueda. Y mis urgencias son mucho más inmediatas, estoy en otro ritmo: soy el segundero del reloj, y vos te estás portando como la aguja de la hora, cuyo movimiento nadie alcanza a discernir.

III

Ya no me importa ponerme cargoso, ni repetirme; si es necesario voy a repetirme palabra por palabra, y las voy a pronunciar con la misma entonación, en el mismo orden, y acompañadas de los mismos gestos. Lamentablemente, no es necesario. Para vos es nuevo, la puta que te parió. No me das ni siquiera el gusto de repetirme, porque antes no me escuchaste. Qué se le va a hacer. “No hay peor sordo que el que no quiere oír”, y ésa es tu estrategia: me dejás hablando solo. A ver si es cierto que no oís: ¡Devolveme la plata que me debés, guacho hijo de mil putas! ¿No ves que me estoy cagando de frío? Hasta hace una semana estaba pensando que

si me pagabas (ya ves que creo en los milagros) me iba a comprar un par de zapatos, que los estoy necesitando con urgencia. Pero ahora cambié de idea. ¡Mirá vos mis caprichitos! ¡Como una señora voluble mirando vidrieras! Ahora lo que quiero son medias de lana, dos pares, cuatro si es posible, para usarlas de a dos, tan congeladas tengo las patas; en todo caso, tres pares, para usar de a dos y lavar el tercer par y poder ir rotando de adentro hacia afuera, porque a pesar de todo conservo cierto respeto por la higiene. Como ves, soy realista y no me pongo a soñar imposibles. Con esa suma ridícula que te vengo reclamando desde hace tanto, no alcanzaría para zapatos. Para medias sí, sobre todo porque no tengo pretensiones: me conformo con las más baratas... Pero no pretendo conmoverte con estas fantasías. No estoy para psicologías. Dejate de hacerte el distraído, echá mano al bolsillo y terminemos con esta farsa. Cobarde, pelotudo, cínico. Pagame lo que me debés. Con

vos, he perdido las esperanzas, por eso no hago psicología. Y sabiendo que no sos una buena persona, que no tenés honor, mirá lo que te digo: hacé como si no me debieras nada. Hacé como si esa plata fuera tuya, no mía. Hacé como si no me conocieras y dácela como limosna a un pobre infeliz (a mí) de puro generoso que sos. Es un gesto compatible con el sentimiento de superioridad que has asumido. Hay que ser muy despreciable para encontrar placer en una intervención en la desgracia ajena, pero ya ves qué bajo has caído en mi aprecio. Una vez que tenga la plata en la mano, voy a olvidarme de vos, como si nunca hubieras existido. Para decir la verdad, ya te estoy expulsando de mi mente; es sólo el hilo tenue de esa cifra que me debés lo que te mantiene a flote en mi conciencia. Pero es un hilo largo, que se remonta antes de vos, a toda mi vida. ¿Cómo olvidar? Aunque quiera, no puedo, porque a mí me hicieron mi desdichada biografía, mis extravíos, mis errores de cál-

culo. Aunque olvide con la memoria, tengo un recordatorio infalible cuando se hace de noche, cuando empieza a hacer frío, cuando veo y siento este desamparo atroz en el que me encuentro. Eso no tengo que recordarlo. Por eso digo que no es cuestión de psicología. Y aun cuando por alguna especie de milagro en el que ya no creo mi situación cambiara y me encontrara comido y abrigado, todavía el hilo seguiría uniéndome a mí mismo por las marcas que me dejó el pasado en el cuerpo. Te voy a contar algo que no sabés (¿ves que siempre hay algo nuevo, por mucho que me repita?), porque no es algo que ande contándole a la gente. Cuando nací, en un medio de poca cultura y menos escrúpulos, la madre de mi vieja me llevaba en brazos a pedir limosna por la calle, días enteros. Debía de ser un bebé raquítico, exangüe, es decir apropiado para excitar la compasión. No creo que la excitara mucho, porque la competencia siempre ha sido dura en ese terreno. Una moneda aquí,

otra allá, quizás algún pequeño hurto, siempre conmigo como pantalla. Las rondas de mi abuelita la llevaban lejos, "hacía" barrios enteros, de la mañana a la noche. Para que yo le diera los menos problemas posibles, llevaba un biberón, y a la lecha vieja y fría le agregaba un chorro de ginebra, para dormirme. Un monstruo, dirás. De acuerdo, pero es algo que se hacía, y se sigue haciendo. Es difícil imaginarse a uno mismo, envejecido y arruinado, como un bebé de semanas o meses, hay un abismo conceptual. Pero a mí no me cuesta trabajo. Me veo en esas noches repentinas, con temperaturas bajo cero y vientos cortantes, yirando por las calles mojadas en brazos de mi abuela. ¡Qué desolación! ¿Sabés cómo me quedó el hígado? ¿Podés imaginarte cómo me siento cada vez que lo pienso? ¡Qué vas a poder, si no tenés sentimientos! No sé para qué te lo conté. Para que tengas otra anécdota divertida con la que completar mi retrato, cuando alguien te pregunta quién es ese pobre

diablo que te reclama el pago de una deuda. Pero ahora que te lo dije, caí al fondo y ya no puedo ir más abajo. Ahora sí: pagame. Si era esto lo que estabas esperando, pagame ya, ya mismo, en medio de esta oscuridad, antes de que tenga tiempo de volver a pedirte.

IV

¿Será posible que todavía tenga que repetírtelo, grandísimo guacho hijo de mil putas? Con vos, repetir es la única forma de hablar. A ver si me entendés por fin: pagame la plata que me debés. Pagá, y me callo para siempre. Yo también estoy cansado de oírme. Y si te interesa saber para qué quiero esos pocos pesos, te vas a quedar con las ganas porque ahora no quiero decírtelo. Los quiero porque son míos, y basta. Los quiero por el más abstracto de los motivos: para dar vuelta el sentido del tiempo, y ponerlo a andar a mi favor. Lo nuestro empieza a parecerse, pero como en un espejo deformante, a lo que pasaba cuando el Estado se ocupaba de los

pobres y les daba trabajos que sólo servían para repartir un poco la plata de los ricos, por ejemplo abrir una zanja y después volver a llenarla. Es como si ahora que el Estado ha renunciado a la más elemental beneficencia, los particulares hubieran tomado la posta, sólo que en clave de sadismo. La diferencia es que aquellos trabajos solían ser estacionales, el Estado se encabalgaba en el ritmo de la Naturaleza, que siempre da algo que hacer, y vos en cambio me has dejado con un solo trabajo, triste, insalubre: el de clamar en el desierto una sola verdad que nadie puede entender. Nadie más que vos, y vos te hacés el desentendido. Me contagiás el mal que encarnás, a tal punto que yo, el más tímido y pacífico de los hombres, tengo por único y miserable consuelo imaginar lo que te haría si te tuviera a mi merced. Los días se alargan, las lluvias eternas me tienen clavado en los umbrales tardes enteras, y tengo más tiempo para pensar. En esas detenciones forzadas suelo dejarme llevar

por una fantasía: me imagino que alguien que pasa, concentrado bajo su paraguas (hombre o mujer, viejo o joven), está pensando que una suma de dinero que lleva en el bolsillo o en la cartera, y que es exactamente la suma que vos me debés, se la daría a quien se la reclamara. Porque la siente como una deuda, contraída no sabe cuándo ni por quién, y quiere pagarla. Una deuda de la humanidad, de la que él es parte. Parece imposible, en nuestra era de codicia y egoísmo, pero podría ser. ¿Por qué no? ¿Quién puede jactarse de conocer las profundidades del pensamiento? ¿Quién sabe qué va pensando ese desconocido que pasa? Podría ser cualquier cosa, ¿no? Entonces podría ser eso, perfectamente. A veces lo siento con tanta claridad que he jugado con la intención de pararlo y decírselo. Pero no lo hice, ni lo voy a hacer, perdé cuidado. Adivino el sobresalto de alegría que te habrá producido esto: si me vuelvo loco de verdad, en los hechos, quedás liberado de toda

responsabilidad. Por ahora no voy a darte el gusto. Y no porque seas tan importante en mis decisiones, sino porque creo que no serviría de nada: aun si el desconocido de marras hubiera venido pensando eso, y tuviera esa suma en el bolsillo, y la estuviera acariciando con los dedos, cuando yo me materializara ante él... no me la daría. Al contrario, me miraría con escándalo, como a un orate. Eso es algo que sabe, con un conocimiento íntimo y seguro, la gente como yo. Las fantasías nunca se hacen realidad. Uno está solo, y vendería el alma por tener con él una mujer con la que hablar, a la que tomarle la mano... Y por la calle pasan cientos de mujeres solas, y seguramente una de ellas, por lo menos, está deseando desesperadamente que un hombre cualquiera se le acerque, para hablar, contarle sus cosas, tener un instante de ternura, para ella sería como ganarse la lotería. Pues bien, esto es lo que nosotros sabemos: que aun si acertáramos con esa mujer, aun si le dijéramos las

frases que ella tanto deseaba oír (por ejemplo: “yo también estoy solo, yo tampoco tengo nada que hacer ni adónde ir”), aun así ella diría: “Retírese, o llamo a un policía”. A eso se reduce el amor, me cago en Dios. Y hablando de Dios, ¿cuántas veces te reclamé mi plata, cornudo de mierda? ¿Te creés que lo hago por gusto, por establecer un nuevo récord? Estás equivocado: no se trata de decirlo una vez más, sino de decirlo siempre, como el pájaro que vuelve todos los años a cantar a la misma rama, y no importa que no sea el mismo pájaro. Al final me vas a oír. Pero yo sé que no me vas a oír nunca.

Esto no es vida, la puta que lo parió. No aguanto más. Devolveme la plata que me debés, ¿o sos de veras el peor sordo del mundo? ¿No se te fundió la cera de las orejas, con la ola de calor? Me pasé los famosos treinta y dos días abajo de los árboles, en un patiecito que se formó en el corazón de la manzana en plena zona co-

mercial del Once, una escondida tierra de nadie, para mí solo. Al menos tenía esepreciado tesoro de los miserables, la soledad. Se olvidaron de mí (yo no me olvidaba de ellos, ni de nadie, me cago en Dios) y dejé pasar los días. ¡Qué me importaba no comer! Estoy acostumbrado. Después, no me animaba a salir, pero al fin salí, y ese día el fenómeno había terminado: la columna mercurial cayó bruscamente. Qué interesante. A mí qué mierda me importa. Por los diarios colgados en los kioscos me enteré de la cantidad de muertos, y hasta de lo que había sucedido, los treinta y dos días sin que la mínima bajara de 40 grados. Mirá vos. Quién diría. Se terminó la cerveza. Te la debés haber tomado toda vos. ¿Te dije que me estuve acordando de vos, allí en el corazón de la manzana del Once? Veinticuatro horas al día. ¡Qué hijo de puta que sos! Es de no creer. ¡Pero qué hijo de puta, de recontramil putas! No se puede creer. Ya pasó la época en que se podía creer. Ahora no se puede, aunque

uno se dedique todo el santo día a hacer la prueba. Te confieso que cuando me enteré de la cantidad de gente que había muerto con el golpe de calor, lo primero que pensé fue que vos eras uno de ellos. Y sentí una alarma tremenda. ¡Qué pelotudo! Como si yo fuera uno de esos países que se muestran preocupados y compadecidos, y mandan aviones cargados de bidones de agua mineral a la ciudad asediada por la catástrofe. ¡A mí qué me importa! Y sin embargo mi angustia estaba ahí... Me la expliqué por la deuda: ¿a quién se la reclamo si vos te moriste? Pero pensándolo mejor, comprendí que lo que me asustaba era que te murieras antes de que yo hubiera terminado de hacerme una idea de tu ruidad, antes de que midiera el último centímetro de la extensión de tu hijodeputez. En fin, ese mismo día me enteré de que seguías vivo, y prosperando. Lo cual me recordó (qué casualidad) que ya era hora de que te recordara que me debés unos pocos pesos, pocos para vos, y que si no

fueras tan turro echarías mano al bolsillo y me pagarías. Con ese proyecto, y ensayando para mis adentros el discursito de reclamo, me entretuve durante estas semanas raras que han seguido, reponiéndome del encierro con vueltas y más vueltas por el barrio, en el gris oscuro de las nubes que parece como si nunca más fueran a moverse. Con una catástrofe todos sufren, pero es "mal de muchos", y el mal que me ha afectado a mí es de uno solo, de mí, o sea de vos, cagador hijo de una gran puta. ¡Yo sí que tuve mala suerte, y no los muertos que figuran en los diarios! No me obligues a esto, caradura de mierda, no me hagas quedar como un gusano individualista concentrado en su mezquina preocupación personal mientras tanta gente sufre. No me obligues a explicarle al mundo entero que para mí lo pequeño es grande, y lo insignificante es mundo. Vamos a lo nuestro: es solamente plata, y es fácil de arreglar. Para vos es fácil: pagame, y quedamos en paz. Agradecé la

suerte que tuviste de sobrevivir, imitá a los que van a prenderle una vela a su santo favorito, soltá esos mugrientos pesos de una vez por todas, y vas a ver cómo me dejo de joder para siempre y llueve, y todo vuelve a la normalidad.

V

Te voy a matar, miserable. Canalla del carajo, si no me pagás te mato. No te lo voy a pedir más con buenos modos: la paciencia tiene un límite. Te voy a cagar a trompadas y cuando hayas caído, ya sea por efecto de mis certeros puñetazos, ya porque te hayas resbalado en tu propia mierda, te voy a patear la cabeza hasta que se te reviente, y después voy a revisarte los bolsillos y con los billetes que encuentre me voy a limpiar los mocos de sesos que se me hayan pegado a los zapatos. ¿Te gustó? Me imagino tu último pensamiento: "Qué gran artista pierde el mundo". Porque vos de joven tocabas la armónica, y no sos de los que se olvidan de que tuvieron alguna vez algo por lo que hubo que aplaudirlos (por

compromiso, por no echar a perder la fiesta, o porque a los borrachos todo les parece bien). Y estoy pensando si no habrás sacado la armónica del ropero, treinta años después, para festejar con tus melodías deformes estas alteraciones climáticas que se empiezan a parecer al fin del mundo. Yo siempre supe que íbamos a terminar así: nublado, y sin llover. Tres meses con las nubes sin abrirse un solo minuto, la presión al mango, y los miasmas cerrándose en estado sólido-viscoso sobre los corazones. Y todo depende... ¿de qué? ¿De quién? ¿De Dios? ¿De esa insignificante idea arrumbada durante siglos en el fondo de la conciencia? Sería el caso de decir: pequeñas causas, grandes efectos. Pero justamente eso es lo que yo sabía desde hace mucho. Lo sabía antes que nadie, y lo sigo sabiendo antes. No es que yo adhiera a la estúpida creencia (con la que vos debés de estar llenándote la boca) de que los pobres están mejor adaptados que los ricos para soportar estas calamidades: los

hechos la están desmintiendo clamorosamente. Soy yo el que estoy mejor adaptado, gracias a vos, pero sólo en mi rencor y mi pesimismo. Por lo demás, sufro tanto como el resto, y por cierto vos sufrís menos porque te queda la satisfacción pueril de no haberme pagado lo que me debés y estarás prendiendo a hurtadillas el aire acondicionado (aunque está prohibido) para soltar a tus anchas tu risita de reptil, pensando en mí. ¡Qué voy a estar adaptado! ¿Es un chiste? ¡Si mi definición fue siempre “inadaptado”! Este asunto de la adaptación yo lo veo así: cuando algo horrible les pasa a todos por igual, uno como yo puede decir “con la mala suerte que he tenido siempre, ¿qué otra cosa podía esperar?” Y los otros, que son tan víctimas como uno, ¿qué dicen? Pues bien, ahí está el quid: dicen lo mismo con las mismas palabras... pero no dicen la verdad. Ahí está toda la diferencia, y la función de la catástrofe, desde mi punto de vista, es revelarla. Pues bien, ya no importa: esto es

lo que quería decirte, y el motivo por el que me digné dirigirme a una basura como vos: no se trata de la verdad o la mentira. ¡Lo que yo digo no es una verdad, aunque es verdad! ¡No son palabras! Es un pedido, que también habría podido hacer con señas, básicamente con una sola seña: la mano extendida, abierta, con la palma hacia arriba: ¡dame mi plata! ¡La mía! ¡La que te dí una vez, y me deberías haber devuelto hace rato, grandísimo cabrón! No quiero hablar más. Con esto que está pasando, se ha magnificado a nivel cósmico esa mala costumbre de una humanidad que se empeña en seguir hablando cuando no tiene nada que decir: la costumbre de hablar del clima. Ahora se sienten justificados: es el tema del siglo. Los diarios que veo tirados en la calle (porque la gente sigue tirando porquería en la calle, qué les importan las epidemias) no hablan más que del tiempo que hace. ¡Qué inútil! Yo me adelanté a las alteraciones del clima; siempre estuve hablando del

tiempo, ¡para lo que me sirvió! Ahora no voy a hablar más. Voy a actuar. Te voy a recontracagar a patadas en el cerebro. Considerá esto un último aviso. Pagame, o atenete a las consecuencias. Y no seas tan torpe de creer que porque sos más corpulento y mejor alimentado vas a poder resistirme con éxito. Yo tengo a mi favor la sorpresa, y la desesperación, y sobre todo la perfecta indiferencia a las consecuencias, porque están pasando cosas demasiado graves para que nadie preste atención a una vendetta privada, quiero decir a un acto de justicia.

VI

Todo esto que pasa es una distracción, y no tengo más remedio que poner los puntos sobre las íes: lo que importa es otra cosa, i.e. que reconozcas tu deuda y te decidas a honrarla, si no como un caballero (que no lo vas a ser ni en un millón de reencarnaciones ascendentes) por lo menos como persona civil, y la concha de tu madre. No disponemos de la eternidad. Estamos en la molienda de los años, el círculo se cierra a fuerza de repeticiones inmemoriales, después del frío viene el calor, después de la lluvia el sol... De pronto todo empezó a funcionar al revés, o al revés del revés, al azar. "El tiempo está loco", como decía mi vieja, y la que estaba

loca era ella, que me hacía salir con botas de lluvia los días de sol. En realidad no estaba loca, pobrecita, pero de eso me dí cuenta demasiado tarde, cuando ella ya estaba en el manicomio. Lo hacía porque no tenía para comprarme zapatos, y no quería mandarme a pedir descalzo, tenía ese resto de vergüenza. Decía “el tiempo está loco” para que yo me pusiera esas botas negras de goma cuando no había una sola nube en todo el cielo, “puede cambiar en cualquier momento”, como si quisiera hacerme creer que la elección del calzado era una elección, no una necesidad, y yo no debiera enterarme de que éramos pobres, aunque justamente me estaba mandando a pedir monedas en la puerta de los cines. Pero eso a vos qué te importa. No sé por qué hice este paréntesis. Aunque ya que te lo dije, puedo completar la historia: a partir de esos comienzos tan poco auspiciosos, yo me abrí camino, mal o bien, me las arreglé sin ayuda de nadie, me gané lo mío, viví. Tuvo que salirme

al paso un guacho tan guacho como vos para frenarme en seco... Pobre mi vieja, qué final triste le tocó. Le habría gustado ver esto, se habría sentido reinvidicada. Se habría reído de todas las conjeturas que circulan ahora, la corriente del Niño, la de la Niña, o el agujero de ozono, o el efecto invernadero. ¡Pamplinas! Ella sabía que el tiempo estaba loco, lo sabía, cuando todos creían que estaba cuerdo y le seguían dando cuerda... Escuchame, pedazo de puto, se me acaba de ocurrir una idea: pagame, y yo me comprometo a usar hasta el último centavo en comprar un ramo de rosas rojas (si es que me alcanza) y ponerlo en la tumba de mi vieja. Hacelo por ella. Vos la conociste, aunque más no sea a través de mí. ¿Vos tuviste madre? Perdoná que te lo pregunte, pero es una duda genuina que me asalta. Me da la impresión de que estás aislado, y ni siquiera sabés lo que está pasando. Mirá a tu alrededor. Ubicate. Por ahí no te diste cuenta de que ayer fue el día más corto del año, y que

hizo 55 grados y se murieron quinientos viejos del calor, festejando el solsticio del invierno, y que hay una niebla rosada que nos impide vernos las caras. Para lo que hay que ver... Lo único que falta es que empiecen a nacer monstruos, y las madres se aferren a ellos y los crean los bebés más lindos del mundo. No sé si quedará alguien que venda flores todavía, pero lo que sí sé es que voy a encontrar el camino al cementerio. El tiempo estará loco, pero sigue andando en una sola dirección, que es la del pago de las deudas. Y por esa tangente salgo de mis idílicos recuerdos filiales para recordarte una vez más que, pase lo que pase con el mundo, vos todavía no me pagaste. Estoy esperando. ¿Se puede saber qué estás esperando vos, sorete degenerado? ¿Que declaren una moratoria general de deudas? No te hagas ilusiones. Hay cosas que permanecen, y la nuestra es una de ellas. Se puede venir todo abajo, pero tené la seguridad de que yo voy a aparecer entre las ruinas, cla-

mando en el desierto, y todavía con la razón de mi lado, intacta, irrefutable: esa plata es mía, siempre será mía. Que la tengas vos, confundida con el resto de tu plata, no impide que siga siendo mía. No te pido la tuya, ni te discuto el derecho a hacer lo que quieras con ella. Te pido la mía, pedazo de caradura, y vos sabés bien cuál es, no te hagás el boludo que aquí el único boludo fui yo. No es éste o aquél billete, el que te dejaste en el otro pantalón o el que usaste para pagarle a una puta. Es una cantidad. Es como el espacio aéreo sobre (o bajo) el que tiene soberanía la Argentina, y no importa que el viento se lleve el aire o el polvo o las nubes a Chile, a Uruguay o al Brasil, el espacio aéreo sigue estando bien delimitado, fijo e inmutable.

VII

Todavía no me pagaste. No puede ser pero es: seguís escurriendo el bulto. Quiero mi plata, la necesito con urgencia, vos sabés de qué se trata. Es como si me hubieras secuestrado una parte del cuerpo y no me la quisieras devolver, una parte íntima y necesaria, de color rosa (no, no es la pija): la lengua. A pesar de lo cual sigo rezándote mi rosario. ¿Qué otra cosa esperabas? No hay nada que hacerle, era yo el que tenía razón. Pero sos de una bajeza que me supera, y no lo vas a reconocer. Todas estas circunstancias insoportables a las que nos está sometiendo el tiempo... pasan. Se eternizan, y después pasan. El gran reloj de la Naturaleza se volvió

una tómbola, pero sigue siendo un reloj. Un reloj que da todas las horas juntas. La inundación pasó: los inundados siguen entre nosotros. Nacieron las ruidosas cigarras anuales para festejar la llegada del calor, y se congelaron esa misma tarde. Se llenaron los hospitales con las neumonías del picnic del Día del Estudiante. Ahora resulta que todas las firmas de medicina prepaga quebraron al mismo "tiempo". Era de esperar: estamos en una Edad Media de pestes y de iras de Dios, y en esa época no existía la medicina prepaga. Existe ahora, pero ahora no es ahora. A la vez, todo esto va a pasar, no va a quedar más que un recuerdo pintoresco y colorido. Claro que tendremos que armarnos de paciencia y apachugar. Por mí no hay problema, mi sol particular siempre vuelve a salir, "el sol negro de la melancolía" como dijo Almafuerte. Lo que me carcome el hígado y las bolas es que todo lo que yo sobrevivo, vos sobrevivís también, pero cagándote de risa. Por eso no aflojás la plata,

esos miserables pesos que no te sirven para nada pero que te has emperrado en no devolverme. Aunque no es cierto que no te sirvan para nada. La plata siempre sirve, hasta cuando todo lo demás dejó de servir. Cambian las prioridades, pero la plata sigue al frente porque es lo que ordena la jerarquía de las prioridades. El primer trago de veneno que uno tome después del fin del mundo, lo tendrá que pagar con la plata que le quedó. Así que ya ves que nuestra pequeña transacción no ha caducado. Vas a tener que pagarme. Te lo voy a seguir pidiendo. En ese sentido, como en otros, estas alteraciones climáticas juegan a mi favor; apuesto a que vos no contabas con que dejara de haber un orden. Creías que mi reclamo se basaba en la sucesión canónica del tiempo. Era así, pero eso te favorecía, aunque pensaras lo contrario. Ahora que ya no hay orden, mi voz se ha metido en todos los rincones del tiempo, lo ha invadido todo, suena siempre. Es como si hubiera caído el último

argumento que podías esgrimir, el que predica Monseñor Laguna: que darle plata a los pobres es como tirarla a un pozo, porque se la gastan y después tienen que pedir más. Que no hay que darles plata sino un trabajo con el que puedan crearla por sí mismos. ¡Como si los pobres fuéramos a preferir los billetes falsos a los buenos, los hechos por nosotros en nuestras imprentitas precarias a los oficiales y garantizados que están en el bolsillo de los ricos! Pero además, ¿qué tiene de malo tirar la plata a un pozo sin fondo? Si esa operación se lleva a sus últimas consecuencias y toda la plata pasa por ahí, por ese agujero, va a crear un mundo nuevo al otro lado. Yo me imagino ese otro mundo, y casi puedo verlo a la medianoche, cuando levanto la vista al cielo estrellado. Aunque no es cierto que en esas lejanas galaxias los astros transcurran libres de catástrofes y temores. Allá también se cuecen habas. La huida no soluciona los problemas. Se dice que la gente está empezando a ir-

se de Buenos Aires. Allá ellos. Yo me quedo. No tengo para el pasaje. Si me pagaras, por ahí me voy yo también; estoy casi tentado de prometértelo. Pero es inútil, 1.) porque a vos no hay promesa ni amenaza que te convenza, y 2.) porque si me pagaras yo desaparecería de tu vida, me vaya o me quede. Y encima, 3.) porque no me voy a ir a ninguna parte, y vos tampoco. Imaginate que se van todos, como en esas ciudades abandonadas que encuentran los exploradores, invadidas por la selva: ahí vamos a estar nosotros dos, como siempre, yo pidiéndote mi plata, vos haciéndote el sordo, asándonos y cagándonos de frío alternadamente.

INDICE

CAPITULO I	7
CAPITULO II	11
CAPÍTULO III	16
CAPÍTULO IV	22
CAPÍTULO V	31
CAPÍTULO VI	36
CAPÍTULO VII	41